

IN MEMORIAM

Dr. D. Benjamín Fernández Ruiz*

J.M. Teijón **, A. Romero **, R. Basante ***, A. Notario **** y F. López Mateos **

jmt@med.ucm.es; aromeros@quim.ucm.es; rbasante@farm.ucm.es; anotaz@usal.es; fedlomat30@gmail.com



Académico de Número de la Sección de Ciencias Experimentales, medalla número 5.

En su toma de posesión, celebrada el día 17-10-2001, pronunció el discurso de ingreso: *Cajal a través de sus cuentos de vacaciones (narraciones seudocientíficas)*.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=5>

* Palabras pronunciadas. en la sesión académica de la RADE en memoria del Dr. D. Benjamín Fernández Ruiz celebrada el 03-05-2023

** Académico de Número de la Sección de Ciencias Experimentales de la Real Academia de Doctores de España

*** Académica de Número de la Sección de Farmacia de la Real Academia de Doctores de España

**** Académico de Número de la Sección de Arquitectura y Bellas Artes de la Real Academia de Doctores de España

DR. D. BENJAMÍN FERNÁNDEZ RUIZ

José María Teijón Rivera

Es para mí un honor participar en este pequeño homenaje de recuerdo a nuestro entrañable amigo Benjamín.

Me limitaré a comentar algunas vivencias compartidas con él, así como pequeñas pinceladas de su labor docente.

Conocí a Benjamín en los años 90 en el Rectorado de la UCM. Él era Vicerrector de Departamentos y Centros, y yo Inspector de Servicios; fui a verle por pequeños problemas universitarios. Mi primera impresión sobre él fue la de una persona muy cercana, buen conversador, irónico y de una humanidad sin límites. Seguimos viéndonos frecuentemente, bien por cuestiones universitarias o diversas reuniones; así, por ejemplo, todos los años después de la Selectividad, un grupo de amigos, entre los que se encontraba él, miembros de los tribunales teníamos instituida una cena al finalizar dichos exámenes. Otras veces nos reuníamos en la Facultad de Informática, en el Cenáculo Complutense, o por cualquier otro motivo.

Por aquellos años, conocí a su esposa Carmen, profesora de Enfermería, y coincidíamos frecuentemente en la Facultad de Medicina, donde está ubicada Enfermería, teníamos amigos comunes y una buena amistad. Carmen era una persona extraordinaria en todos los aspectos, tanto a nivel profesional como humano, y una excelente profesora y amiga.

Benjamín y yo teníamos muchas cosas en común; los dos fuimos Agregados y Catedráticos de Instituto de Bachillerato, él de Ciencias Naturales y yo de Física y Química. Ambos dimos clases en academias y colegios. Mucho hablamos de esa etapa, que recordamos con mucha nostalgia. Siempre me decía que esa, la enseñanza media, era la verdadera enseñanza; se formaba a los alumnos no solo en nuestra materia sino, y fundamentalmente, como personas. Muchos han elegido sus caminos o profesiones en función de tener determinados profesores en esa etapa de su vida. Añoraba siempre a aquellos alumnos; gran cantidad de ellos iban a visitarle diciéndole que habían elegido la carrera de Ciencias Biológicas por él, que había sido su profesor en el bachillerato, lo que le llenaba de satisfacción, y tantas y tantas anécdotas. Igualmente, fuimos autores de libros de texto de Bachillerato y de Universidad.

En la enseñanza superior, fue Profesor Agregado por oposición de Citología en la Universidad de Salamanca y, posteriormente, de Histología en la UCM. En 1977, Catedrático de Citología e Histología de la Universidad de la Laguna, Tenerife, donde fue Director de Departamento. Y después en la Universidad de Alcalá de Henares, siendo Secretario General de dicha Universidad. Se trasladó más tarde a la UCM como Catedrático de Biología Celular en la Facultad de Ciencias Biológicas, donde también fue Director de Departamento.

En todas estas Universidades (Salamanca, La Laguna, Alcalá, Complutense) mostró su impronta universitaria y su talento docente y científico; y dejó muchos y grandes amigos en esas Universidades, que le recuerdan con admiración y cariño.

Igualmente, muchos han sido los alumnos universitarios que hoy son magníficos profesionales y hablan con admiración de la excelencia de Benjamín como profesor y como persona, por ejemplo, y en nuestra Sección de la RADE podemos citar a Mónica de la Fuente, Juan Luis Arsuaga, Carmen Guaza, Domingo Marquina. Tuve la oportunidad de dirigir la tesis doctoral de algunos alumnos suyos, como Juan Antonio Martín, Sandra Guerrero y Elena Pérez, que lo consideraban uno de sus mejores profesores, y le recordaban con mucho cariño. Así mismo, Miguel del Pino, Biólogo y Catedrático de Ciencias Naturales de Instituto, divulgador científico en EsRadio, comenzó uno de sus programas, tras el fallecimiento de Benjamín, hablando de él, de su excelencia como profesor y su gran humanidad, con mucho cariño y profunda admiración. Del mismo modo, Fernando Martínez Pintor, médico y alumno suyo de bachillerato, escribió a su hija María manifestándole el cariño y admiración que sentía por Benjamín.

Benjamín era un Manchego con mayúsculas, defensor y amante de todo lo manchego. En deportes era colchonero hasta la médula, socio y seguidor empedernido del Atlético de Madrid; lo sabían bien sus alumnos, cuando comenzaba el curso se presentaba siempre con la misma frase, que escribía en la pizarra: “Soy el funcionario número tal y socio número cual del Atlético de Madrid”.

Fue un hombre vital, feliz, disfrutaba de su familia, de sus amigos, de su trabajo, de sus alumnos; irradiaba energía, alegría y bondad. Todo en la vida lo realizaba con tremenda ilusión, casi con obsesión; gozó de un gran prestigio tanto en el mundo científico como académico. Tuvo gran respeto profesional por sus maestros, Alfredo Carrato Ibañez y por su Don Santiago Ramón y Cajal, su “ídolo”, como él mismo decía. Era un admirador empedernido de Cajal, solo había que entrar en su despacho para comprobarlo, cuadros, fotos, placas, biografías, libros sobre Ramón y Cajal.

Benjamín centró su investigación en las células gliales, concretamente en los astrocitos, fue continuador de la investigación del maestro Don Santiago Ramón y Cajal.

Fue un científico que realizó su tarea con rigor y responsabilidad, un modelo de profesor, estudioso, previsor, trabajador, inteligente y generoso.

Además, fue un extraordinario comunicador, gran docente y amante de todo lo universitario, de su Facultad, de la UCM, en todos los actos oficiales estaba presente. No faltaba nunca a las celebraciones del Departamento ni de su Facultad. El día de San Alberto Magno era uno de los fijos. Muchas fueron las Conferencias y Ponencias impartidas por Benjamín en el Salón de

Actos de la Facultad de Biológicas; en él se celebró el homenaje (necrológica) de Benjamín, organizado por la Facultad de Biológicas y la UCM, en el que se puso su nombre al Salón de Actos; homenaje extraordinario, entrañable y más que merecido.

Coincidimos en la RADE, a partir del año que yo me incorporé, él era el Presidente de la Sección de Ciencias Experimentales; posteriormente yo fui su sucesor. Siempre he tenido su apoyo, sus consejos y su amistad. Fuimos compañeros y amigos más de 12 años en esta Institución; él fue un Académico excelente, dispuesto a colaborar y a ayudar en todo lo que fuera necesario. Surgió entre nosotros una gran amistad, que fue cultivada, madurada y que creció con el tiempo.

Al jubilarnos, y siendo Profesores Eméritos de la UCM, y por un incumplimiento del Rectorado, tanto en el ámbito profesional como material, nos reunimos en el despacho de Benjamín unos 9 profesores Eméritos y solicitamos una explicación por escrito, explicación que no recibimos. Decidimos entonces formar una Asociación, y así fue como creamos, como socios fundadores, la Asociación de Profesores Eméritos de la UCM, actualmente compuesta por más de 60 profesores y que está ubicada en la Facultad de Medicina. Esta asociación ha conseguido que el Rectorado aceptara alguna de nuestras peticiones.

En esa época, nos reuníamos una vez a la semana junto a otros amigos, y en esas largas sobremesas hablábamos de diversos temas, de la Universidad, la diferencia con la que nosotros vivimos, de los Institutos, de la Academia, la situación de los Departamentos; del Colegio donde se formó, de su Ciudad Real, y cómo no del Colegio Don Bosco, del que era Delegado de la UCM. Estaba feliz y orgulloso del Colegio, hablaba de los profesores, de su gran formación, y para él eran unos excelentes profesionales y hablaba de ellos con cariño y admiración. También nos comentaba cosas de su familia, de sus hijos, de sus amigos, que siempre estaban arropándole. Se enorgullecía hablando de su hermano, de su hijo, del valor que le había echado a la vida, de sus nietos; de su hija, siempre pendiente de él, de sus conciertos, de los domingos en el hipódromo; del fútbol, de los concursos de fumadores en pipa en los que participaba, y de su colección de pipas. Nos hacía reír frecuentemente, era muy irónico, y siempre ponía una nota ingeniosa en sus comentarios.

Voy a citar una anécdota que refleja la gran pasión que Benjamín ponía en todo lo que hacía: cuando sacó las oposiciones de Agregado de Instituto le dijo a su futuro suegro, director de la Academia Dobao-Díaz Guerra, que quería casarse con su hija; éste le dijo que no, que Catedrático o nada; al año siguiente sacó la oposición de Catedrático de Instituto. Así era Benjamín cuando quería conseguir algo.

Termino ya. Quiero hacerlo con las mismas palabras que utilicé al presentar la Mesa Redonda del 6 de octubre de 2022, “Revolución de las Células Gliales” (sesión científica en

la que él era un referente y una autoridad), que estaba programada para celebrarse el 16 de junio pero, fue aplazada por el fallecimiento de Benjamín, y en la cual fueron ponentes la Dra. Carmen Guaza y el Dr. Fernando de Castro, admiradores de Benjamín y continuadores de su investigación; dije entonces y repito ahora “Su pérdida para nuestra Sección y para la Academia es muy dolorosa; era uno de nuestros mejores activos, magnífico Académico gran comunicador. Le recordaremos como un hombre bueno, carismático, cercano y generoso, querido y admirado por todos”.

“Benjamín, ha sido un privilegio tenerte como amigo, nuestra gratitud y recuerdo perdurará para siempre, nunca te olvidaremos”.

¡Gracias!

BENJAMÍN FERNÁNDEZ RUIZ, VICERRECTOR DE LA UCM

Arturo Romero Salvador

Conocí a Benjamín Fernández en octubre de 1987, en el acto de toma de posesión del primer equipo de Gustavo Villapalos. Acababa, Villapalos, de ser nombrado Rector y convocó a la Junta de Gobierno con el fin de comunicarle los nombres de las personas seleccionadas para iniciar su mandato. Uno de los once profesores que tomó posesión en la antigua sede del Rectorado de la Universidad Complutense era Benjamín Fernández Ruiz, un biólogo de 47 años que había recorrido toda la escala docente en distintos Institutos y Universidades.

Como Vicerrector de Departamentos y Centros, Benjamín tenía asignada la tarea de coordinar la organización y el desarrollo de la docencia, así como de potenciar las actividades que eran competencia de los Departamentos y de establecer el control de su régimen de funcionamiento.

La experiencia que había acumulado a lo largo de muchos años de docente era necesaria para un trabajo tan complejo. Además, el profesor Fernández conocía la gestión universitaria. Había sido director de Departamento en tres universidades, La Laguna, Alcalá y Complutense, Vicedecano y Secretario General en la Universidad de Alcalá de Henares y representante de los Directores de Departamento en la Junta de Gobierno de la Universidad Complutense.

Sin embargo, los rasgos de su personalidad eran mucho más importantes para ser Vicerrector de Departamentos y Centros en la universidad presencial más grande de España a finales de los años ochenta, la Universidad Complutense. A la complejidad propia de la institución, se sumaba la obligación de implantar una nueva ley de universidades que implicaba un cambio del modelo de organización y gobierno.

Benjamín, como buen psicólogo, percibía con rapidez las cualidades, las buenas y las malas, de las personas. Sabía buscar anécdotas y situaciones personales, en gran parte referidas a él mismo, con las que desviaba la atención y apaciguaba situaciones desagradables.

Su simpatía y gracia natural eran las armaduras tras las que escondía su sensibilidad y bonhomía. Era capaz de convertir las reuniones más tensas en sosegados debates, haciendo que los que entraban a ellas enfrentados, salieran dispuestos a participar en un diálogo amistoso y, además, en el lugar que Benjamín elegía.

No es extraño que sus amigos conociéramos su actividad, sus preocupaciones, sus éxitos y desengaños desde que se incorporó al Vicerrectorado. A Benjamín le gustaba compartir los problemas y proyectos con los compañeros en amenas charlas y, también, a través de sus ingeniosos escritos. En muchos de ellos aparece reflejada la visión que tenía de aquellas situaciones de su trabajo que más le impactaban, sin preocuparle la valoración que los

destinatarios hicieran de ellas. Si bien, se definía como “visceral” y “bocón”, en lugar de cariñoso y extrovertido, meditaba mucho lo que escribía para no ofender a las personas a las que aludía en cada una de sus historias y reflexiones.

La adaptación de los Departamentos a los requisitos que imponía la Ley de Reforma Universitaria fue la tarea más difícil que tuvo que abordar en el Vicerrectorado. De un modelo de universidad que giraba en torno a unas facultades vinculadas a la titulación, se pasaba a otro en el que las competencias de la docencia y la investigación recaían en cada uno de los departamentos universitarios.

Había que introducir importantes modificaciones en una organización que se había consolidado en la universidad durante muchos años. Y lo primero era lograr que la constitución departamental se realizara conforme a la normativa. En muchos casos los cambios necesarios afectaban a los profesores y al personal de administración y servicios. Unas veces, reducía las posibilidades de lograr nuevas plazas. Otras veces, imponía la necesidad de trasladar su actividad docente a diferentes centros, y con frecuencia, aparecían las reticencias de los grupos a las fusiones, cuando no las rencillas personales.

El conocimiento que tenía Benjamín de los profesores que formaban parte de los distintos departamentos de su universidad y de los responsables de la gestión de los centros, era clave para que pudiera identificar la raíz de los conflictos, buscar y lograr acuerdos.

Dedicó muchas horas a analizar documentos, utilizó su capacidad de diálogo sereno y su poder de convicción en múltiples reuniones, hasta encontrar la mejor solución posible para las personas y la institución. Benjamín no se conformaba con resolver cada una de las situaciones anómalas que había identificado. Consideraba que era imprescindible un reglamento de Departamentos y Centros que regulara sus actividades y que facilitara la convivencia interna y las relaciones entre ellos. Quería que la vida universitaria, tanto a nivel de centros como de departamentos, tuviera unas normas a las que atenerse y se empeñó en redactar un documento para someterlo a la aprobación por los distintos órganos colegiados.

Trabajó con comisiones para elaborar diferentes propuestas y las fue presentando en la Junta de Gobierno, hasta que logró, en 1999, su aprobación por el Claustro Universitario. Atrás habían quedado decepciones y disgustos de su etapa de Vicerrector. Había conseguido, como presidente de la comisión de reglamentos, el objetivo por el que tanto había trabajado.

He indicado al principio que a Benjamín le gustaba escribir sus intervenciones y opiniones. Conservo el escrito que recogen sus palabras en aquel claustro y éste fue el final de su discurso:

“Si me permiten una broma les diré que voten afirmativamente, se lo pido con lágrimas en los ojos, es ya mi tercera convocatoria con los dichosos reglamentos. Miren, tengo sobre mí muchos factores de riesgo: soy hipertenso, obeso y del Atlético de Madrid, no añadan una contrariedad más a mi vida. Ahora en serio, hay que aprobarlos, nos son necesarios, han sido aprobados por unanimidad en la Junta de Gobierno y por unanimidad en la Comisión de Reglamentos del Claustro. Con estas normas y sobre todo con nuestra buena voluntad iremos haciendo esa universidad mejor, que es lo que todos queremos”.

Creo que estas frases, sobre lo que había sido su ilusión durante muchos años, describen muy bien su carácter, su forma de ser y su personalidad.

Pero Benjamín Fernández aportó mucho más al Rectorado. Desde las primeras reuniones de equipo, Benjamín fue una pieza clave para crear un ambiente de amistad en el trabajo por sus buenas relaciones con todos los compañeros. Le gustaba que sus amigos, más allá del Rectorado, estuvieran unidos. Hasta su muerte mantuvo contacto con un pequeño grupo de ex vicerrectores, en el que tuve la suerte de estar junto a Rosa Basante y Carmen Hernández. Nos reuníamos periódicamente para seguir hablando de las experiencias compartidas y de los cambios que hemos ido arrastrando con los años.

Además de formar parte del mismo equipo rectoral, también ingresamos el mismo año en la Real Academia de Doctores de España, hace ya más de dos décadas. Desde entonces, hemos compartido muchas horas de amistad después de las sesiones de trabajo; particularmente intensa en una época muy dura por la enfermedad de su esposa Carmen Dobao. Entre los muchos recuerdos que me han quedado, he seleccionado los que, en mi opinión, reflejan algunas aficiones de nuestro querido compañero.

Disfrutaba contando sus andanzas en el Club de la Pipa, en sus días de caza, especialmente cuando salían perdices, en su participación en la procesión de su patrona, la Virgen del Prado, como hermano de la cofradía y con sus artículos y conferencias en el Centro de Estudios Manchegos. Amante de las tradiciones y del protocolo universitario no faltaba a ningún acontecimiento. Pero si había un tema del que le gustaba hablar, era de D. Santiago Ramón y Cajal y de sus discípulos. Se consideraba uno de sus descendientes. Buscaba y coleccionaba todos los recuerdos que podía y era capaz de recitar de memoria muchos fragmentos de los libros que escribió nuestro premio nobel, o que otros autores escribieron sobre él.

Cuando caminabas con Benjamín por la Ciudad Universitaria solía interrumpir la conversación para que observaras el deterioro de algunos árboles y la falta de cuidado y de limpieza que había identificado en muchos lugares. Al fin y al cabo, siempre se consideró un biólogo generalista especializado en biología celular. Aprovechaba sus conocimientos de botánica para transmitir cuáles eran las especies arbóreas amenazadas con enfermedades

y sus posibles remedios. Se quejaba de que su querida Complutense fuera incapaz de mantener su patrimonio natural y no pusiera los medios necesarios para evitar el deterioro de su recinto

Le gustaba hablar de su actividad investigadora y siempre aparecían las células gliales y las neuronas estrelladas. Recordaba que comenzó a trabajar sobre los astrocitos antes de que se conocieran las numerosas funciones que realizan en el cerebro de los organismos más complejos.

Aunque se dedicó a la investigación básica, disfrutaba comentando las aplicaciones que podrían derivarse de estas células. Nos explicaba que eran las encargadas de liberar el factor de crecimiento nervioso que, a modo de abono biológico, facilitaba la regeneración de las conexiones neuronales y, por ello, eran fundamentales ante una destrucción neuronal producida por accidentes cerebrovasculares.

Este interés por las aplicaciones no le impedía contemplar la belleza del objeto de su estudio. La prueba es el título de una de sus publicaciones “Los astrocitos: estrellas del cerebro”. En ella compara el gran número de prolongaciones que irradian desde el soma a las células vecinas, con los destellos de las estrellas.

Como hombre formado en valores cristianos, le preocupaban las implicaciones éticas de las investigaciones que se realizan aplicando la ingeniería genética sobre material humano. Pensaba que la conjunción de los avances en biología molecular y en técnicas de ingeniería genética provocaban una serie de expectativas en la sociedad, esperanzadoras en algunas ocasiones, pero preocupantes en otras. Valoraba positivamente y esperaba con ilusión las técnicas de terapia génica, el aumento y calidad de los alimentos disponibles, el trasplante de órganos o la elaboración de vacunas. Pero se mostraba preocupado respecto a la falta de límites de la investigación sobre material humano.

Nuestro querido compañero Benjamín Fernández fue un académico que se interesó por la ciencia, que valoraba sus aplicaciones y que fue sensible a la belleza que encierra y a sus implicaciones éticas.

Te recordaremos con la alegría que siempre nos diste.

BENJAMÍN FERNÁNDEZ RUIZ, AMIGO DEL ALMA

Rosa Basante Pol

La gratitud es la memoria del corazón, dijo el poeta, por eso agradezco a la Junta de Gobierno, y a la Sección de Ciencias, de esta Real Academia de Doctores de España, el privilegio que me hacen, al permitirme participar en esta sesión en memoria de mi amigo del alma Benjamín Fernández Ruíz.

Recordar a Benjamín es recordar a una gran persona, gran científico, amante de su familia, sus amigos, sus alumnos, de su referente científico Cajal, y, por supuesto, de su “Atleti”. Creía en el ser humano, evocando a Camus: “En los hombres hay más cosas de admiración que de desprecio...” Era, además, un gran patriota, sentimiento que, como dice Cajal en *Los Tónicos de la voluntad*: “Debe animar a los hombres de ciencia ... ansiando elevar el prestigio de su patria, ... porque, aunque la Ciencia no tiene patria ... los sabios sí la tienen”.

Ante todo, era una persona singular que vivió como era. La paciencia, sencillez, y modestia se proyectaban en una vida plena que viajó siempre por los caminos de la lealtad, caminos siempre rectos, según Dickens, o entendida esta para Alfonso X el Sabio como: “Cosa que dirige a los hombres en todos sus hechos, para que hagan siempre lo mejor”.

Conocí a Benjamín hace muchos años gracias a ese excepcional, y añorado personaje que fue el Rector Gustavo Villapalos. Quien supo formar un gran y singular equipo multidisciplinar del que ambos formábamos parte como vicerrectores de la Universidad Complutense junto, entre otros, a los Dres. Carmen Hernández, Arturo Romero, Javier Etayo, y Juan Carlos Doadrio.

Fueron años no solo de gran importancia para la universidad, sino también para nosotros, porque el deseo de trabajar y lograr objetivos nos unía. Éramos un equipo valiente, leal, trabajador y que, ilusionado, no regateaba esfuerzos por hacer mejor nuestra Universidad Complutense. Además, la amistad creó un vínculo que nos motivaba día a día aún más.

Conocer a Carmen, su difunta esposa, fue otro privilegio, ingeniosa, inteligente y fiel a sus principios. Las escapadas a tomar unas cervecitas en la Facultad, o en cualquier otro lugar, eran momentos de sano disfrute.

Trabajar con Benjamín era una delicia. La convivencia se hacía placentera, siempre afable, dialogante, con su sonrisa generosa, atrayente, capaz de romper cualquier barrera de distanciamiento. Siempre tenía una palabra precisa de elogio o aliento que animaba a la confianza y a la proximidad y las manos abiertas, dispuestas siempre a la ayuda y a la comprensión. En síntesis, bonhomía por doquier, ¡todo un caballero!

Por ello tenía amigos por todas partes, supo valorar la vida, sus dificultades, y disfrutar de ella. Tal vez evocando a su admirado Cajal en *Tónicos de la voluntad*: "Cuando en el juego de la vida vienen malas cartas, no hay más remedio que sacar el mejor partido posible a las que se tienen".

Y ese era su modo de actuar, espíritu quijotesco y sanchista; idealista y con espíritu de trabajo, como él escribió. Amaba su tierra, ¡buen manchego por los cuatro costados! Benjamín era una persona coherente, siendo Vicerrector de Departamentos y Centros, en la U.C.M., al no ser aprobado el Reglamento de Departamentos y Centros que había presentado para su aprobación, fiel a sus principios, presentó al Rector Villapalos su dimisión, que éste aceptó. Eso se llama valentía y responsabilidad. ¡Todo un ejemplo!

Recuerdo que "para celebrarlo" nos invitó a su Ciudad Real. Allí nos fuimos todo el equipo en tren. Disfrutamos mucho, fue un hermoso día, y, sobre todo, emotivo ya que fue cuando nos llevó a casa de su madre. ¡Qué señora! Con qué hospitalidad y cariño nos acogió. Fueron momentos inolvidables de ternura, hospitalidad, cariño y sencillez. En definitiva, bonhomía que traza la personalidad de quien te acoge. Volvimos muy reconfortados.

Cuando le cambiaron de lugar el despacho en su querida Facultad de Biológicas, inicialmente no le gustó. Hubo de recoger muchos libros y recuerdos y me mandó unas fotos, preciosas, de ese inolvidable día que guardo como algo entrañable.

A Carmen y a mi nos llamaba las niñas, éramos en principio las dos únicas mujeres que formábamos parte del equipo rectoral. El Rector Villapalos organizaba reuniones de trabajo, fuera de Madrid, con miembros también de las Juntas de Gobierno, que, en tono jocoso, Benja llamaba "Ejercicios". Se trabajaba mucho pero el buen humor de Benja y las intervenciones pausadas, en momentos a veces de discrepancias, hacía todo más fácil. Sin olvidar los Cursos de verano de El Escorial, proyección importantísima de nuestra Universidad Complutense, donde tras jornadas de intenso y, en general, fructífero trabajo, venían los momentos de tertulia relajados, los debates interesantes y enriquecedores. ¡Inigualables recuerdos!

Recuerdo cuando fuimos a la inauguración del Real Colegio Complutense en la Universidad de Harvard. Inolvidable esta anécdota muy citada. Íbamos una delegación de cargos académicos, del Consejo Social, y de otros estamentos. Vimos a Fernando Fernández Tapias, elegantísimo, vestido con una gabardina, que llamaba la atención, en un amarillo claro. Al hacer transbordo en Washington, en la espera, hablábamos unos con otros. Guillermo Suárez, Decano de la Facultad de Veterinaria, le preguntó a Benja ¿a quién representaba ese señor? y Benja le contestó, con su ironía habitual; ¿no le conoces? Es el representante de Comisiones Obreras. Lo que provocó la hilaridad de todos los que allí estábamos.

Recuerdo que tras la inauguración tuvimos una cena en un hotel de Boston. Sus Majestades los Reyes, D. Juan Carlos y D^a Sofía, departieron con toda normalidad con nosotros. Benja, que era naturalidad donde la haya, le dijo a la Reina: “Señora ¿Cómo están sus hijos?”, a lo que Su Majestad en tono afable y correctísimo respondió: “Se referirá usted al Príncipe y a las infantas”. ¡Ese era Benja, único!

Escribe Cajal en *Charlas de café*: “La jovialidad de los amigos constituye el mejor antídoto contra los desengaños del mundo y las fatigas del trabajo”. Y así es y, además, invirtiendo el viejo refrán debíamos decir: “quien bien te quiere te hará reír”. Y así era Benja, nos hacía reír porque nos quería.

De aquellos años queda, aparte de la satisfacción personal, lo más preciado; la amistad. Carmen, Arturo, Benja y yo nos seguíamos viendo, disfrutando de esos inolvidables almuerzos en los que se detenía el tiempo. Le encantaba el buen yantar, regado con buenos caldos, a nosotros también, obviamente, las sobremesas eran fármacos para el alma.

Su ingreso, de la mano de su mentora nuestra querida y admirada Dra. María Cascales, en esta Real Academia de Doctores de España, fue un gran día. La Academia, además de institución de cultivo del saber y difusión del conocimiento, es lugar de encuentro y trabajo. Benjamín así lo entendía, poniéndolo de manifiesto en su discurso de ingreso: “venía no para buscar honores sino para trabajar”. Por ello acudía a casi todas las sesiones participando, colaborando y disfrutando de las sesiones. ¡Qué buenos recuerdos! Después, a seguir departiendo tomando una cervecita .

Benja, te sigo viendo sentando, como siempre, al fondo de la sala. Tu sonrisa ilumina tu rostro de persona buena, tu don de gentes era fundamental, confidencias al oído, gustábamos hablar contigo, siempre positivo, animoso, aunque tu corazón estuviese roto por un mal partido de tu idolatrado Atleti. ¡Qué optimista eras Benja! ¿Recuerdas cuando te comenté que me acababan de regalar la *Caja de Plata* de Luis Alberto de Cuenca, y que me gustaba el poema *Optimismo?*: “No piense en el día oscuro/en el día en que nadie responde/ en el día que tienes a un dios enfrente/. Piensa en la otra jornada/, aquella que venciste al enemigo/ o ganaste en el juego/ aquel día feliz en que todo te sonreía/. Que tu ejemplo en la vida / sea siempre lo que gozaste, no el sufrimiento”. Con cariño y ternura, como siempre, tocándome la mejilla, dijiste: “¡qué bonito, me gusta! y qué bien recitas Rosiña”. Ya ves, con ese optimismo te fuiste, como hubieras deseado, comiendo y charlando con amigos, que era lo que te gustaba, gozando, no sufriendo. Ese eras tú, un ejemplo de vida.

Benja, me duele mucho tu ausencia, te necesitamos y a ti acudo: “Que tenemos que hablar de muchas cosas /Compañero del alma, compañero”, que cantó Miguel Hernández. Porque no te has ido, sigues estando con nosotros, en nuestros corazones, visible en el lugar en el que creo que disfrutas de la Gloria eterna, junto a tu querida Carmen. ¡Os seguimos queriendo!

CLAVES BIOGRÁFICAS EN MEMORIA DEL DR. BENJAMÍN FERNÁNDEZ RUIZ

Antonio Notario Ruiz

Agradezco mucho la oportunidad que se me brinda de participar en esta sesión necrológica. Esto me permite, entre otras cosas, expresar en público lo que tantas veces le expresé al Dr. Benjamín Fernández Ruiz en privado: mi total agradecimiento por todo el afecto y el apoyo que me regaló desde siempre. Su presencia en mi vida personal y profesional ha sido siempre un verdadero don, un encuentro, un regalo. Ojalá que con estas palabras acierte a hacerles llegar a ustedes tanto ese agradecimiento como algunas ideas, pinceladas biográficas y reflexiones que evoquen a nuestro querido Benjamín.

Ojalá que no tuviéramos que hablar hoy, tres de mayo de 2023. Eso significaría que el Doctor Fernández Ruiz estaría todavía entre nosotros, como siempre, alegre, bromista, y también atento a todas y cada una de las personas con las que compartía su pertenencia a esta Real Academia de Doctores. A todas y cada una conocía y respetaba. Con muchas y muchos de ustedes, queridos Académicos, ha compartido momentos buenos y menos buenos -porque él sabía, entre otras muchas cosas, ser amigo. Y pocas veces faltó a las sesiones, incluso cuando la pandemia obligó a que fueran virtuales. Y eso desde un lejano mes de octubre del año 2001 cuando ingresó con un bello discurso sobre los cuentos de don Santiago Ramón y Cajal.

No sé cuánto tiempo han podido ustedes disfrutar de la compañía de Benjamín Fernández Ruiz. Hay quienes han tenido la gran fortuna de hacerlo durante más de cincuenta años. Y no conozco forma humana ni creo que haya retórica capaz de condensar en pocos minutos todo lo que eso implica de vivencias, de experiencias, de conversaciones, de consejos, de risas -muchas risas- y también de muchas lágrimas.

¿Recuerdan los versos de Gustavo Adolfo Bécquer? *Dios mío, ¡qué solos se quedan los muertos!* - decía él. Pues siento disentir del gran poeta romántico. En mi opinión, no tenía razón Gustavo Adolfo Bécquer, no. No son los muertos los que se quedan solos. Somos los demás quienes quedamos indefensos, huérfanos de todo lo que nos aportaba quien ha emprendido el último camino. Nos quedamos solos, sin el repertorio de gestos, de palabras, de complicidades, de recuerdos compartidos, de referencias epocales y personales. También huérfanos ante los dolores llorados juntos. Todo eso configura una energía que sólo muy lentamente se transforma, pasando a integrarse en la persona y en la vida de quienes tuvimos la suerte de conocerlo y, en alguna manera, mitigando así el dolor de la pérdida.

No se puede hablar del Doctor Fernández Ruiz sin, al menos, citar sumariamente nueve grandes ámbitos que, entre otros muchos, en él, actuaban como cualidades muy apreciadas

y de las que se sentía orgulloso. Paso a enumerarlos en un orden posible, aunque pueden elegir ustedes otro alternativo:

1. su catolicismo, tradicional en cuanto al fervor por su querida Virgen del Prado, patrona de su Ciudad Real natal, pero que supo conjugar con una gran liberalidad en otros muchos aspectos;
2. su mancheguismo profundo y militante, que le llevó, entre otras cosas, a presidir el Instituto de Estudios Manchegos, al que ha dedicado mucha energía a lo largo de los años;
3. su vitalismo, marcado por una alegría de vivir y una capacidad de disfrutar poco habituales;
4. su esencial vocación científica, con un norte marcado por don Santiago Ramón y Cajal, como él mismo recordaba siempre que podía;
5. su vocación docente, nacida de sus capacidades –“competencias” habría que decir ahora- como comunicador y de la semilla que los Marianistas, magníficos docentes sembraron en el Colegio Nuestra Señora del Prado de Ciudad Real;
6. su sensibilidad humanista, que le llevaba a degustar la música, las artes plásticas y la poesía, siendo escritor él mismo;
7. su simpatía natural, que hacía sentir a quien estuviera a su lado una cercanía completa.
8. sus grandes dotes como conversador, siempre abierto y tolerante;
9. y, por último, su carisma como líder sencillo y humilde pero efectivo que mostró y demostró en más de una ocasión en la gestión universitaria, a través de diferentes cargos y funciones.

Cada uno de estos ámbitos merecería ser glosado ampliamente, porque en cada uno de ellos ha manifestado el Doctor Fernández Ruiz su peculiar forma de entender la vida y de vivirla. Siempre y en cada uno de ellos con una impronta muy personal y muy alejada de cualquier tópico. Siempre también con una autenticidad que le llevaba a la autocrítica y al intento permanente de mejorar.

No me voy a poder detener en todo ello. Pero, parafraseando a Don Antonio Machado diría que la infancia de Don Benjamín Fernández Ruiz estaba constituida por recuerdos de un patio de La Mancha; también por recuerdos de una posguerra que los adultos consiguieron pintar de luz, aunque los tiempos fueran tan oscuros para todos los españoles. Recuerdos también - y muy gratos para él- de un abuelo muy carismático y querido por todos –Pepe el Sastre-, de unos orígenes en un pequeño pueblo del Campo de Calatrava -La Cañada-, de una familia rica solo en afectos y cariño y, desde muy pronto, también recuerdos de la educación cristiana, con los testimonios vitales de la familia –de sus padres Carmen y Luis en especial- y de sus

profesores Marianistas que tanto y tan positivamente marcaron su desarrollo personal y profesional. La vida le regaló un gran número de valores que puso siempre al servicio de los demás, especialmente a través de la docencia, tal vez la mayor de sus pasiones.

Aunque suene tópico, hay que convenir, además, en que detrás de cada persona hay otras muchas que le han aportado mucho y le han acompañado existencialmente. En esta ocasión es justo recordar a algunas de las que rodearon al Doctor Fernández Ruiz de afecto y cariño desde la infancia, que le rodearon de un entorno de generosidad, de responsabilidad, de trabajo pero sobre todo de mucho amor: repito la mención a su abuelo Pepe, a sus padres, Carmen y Luis, pero incorporo a sus tías, Maruja, Rosario y María Teresa, a su hermano José Luis, a sus primas; y también a Angelita, Paca y Antonia que colaboraron y pusieron su granito de arena en su formación; vuelvo a citar a sus profesores Marianistas y a algunos amigos de esa congregación que le cuidaron siempre, como el sacerdote ya fallecido Juan Isasa. En lugar preferente hay que nombrar también a su mujer, Carmen Dobao, con quien compartió tanto y con quien construyó una hermosa familia. Pensando en ella y en el amor de ambos recordaba mientras escribía estas líneas al filósofo alemán Martin Buber.

Por decirlo brevemente y a pesar del riesgo de simplificar su pensamiento, diré que Buber negaba la primacía del Yo que desde Descartes ha dominado la filosofía contemporánea. Para Buber, en efecto, no es el “pienso, luego existo” el origen de todo filosofar. No es en la soledad del pensamiento autoconsciente donde sitúa él el origen del pensar y del vivir, sino en la relación con el otro. Por eso afirma en un breve y precioso libro titulado *Yo y Tú*, que “Yo llego a ser Yo en el Tú”. Así, escrito en mayúsculas, ese Tú subsume a todos aquellos con quienes cada persona entra en relación profunda y que ayudan y permiten que esa persona alcance su pleno desarrollo. Según esta interpretación libre del pensamiento de Buber, el Doctor Benjamín Fernández Ruiz habría llegado a ser él mismo en su relación con muchas personas –las ya mencionadas- pero de forma preferente con la que le acompañó durante muchos años, Carmen Dobao. Añade Buber un rasgo fundamental: ese Tú no es buscado, sino encontrado: “el Tú me sale al encuentro por gracia –no se le encuentra buscando”. Don Benjamín Fernández Ruiz había encontrado a la que fue su esposa, también por gracia a sus hijos y a los numerosos familiares y amigos que constituyeron ese Tú que le permitió ser quien finalmente ha sido. No es ocioso profundizar en esa propuesta de Buber, tan cercana a las posteriores de otros filósofos como Emmanuel Lévinas.

Para finalizar, me siento obligado estéticamente a citar a un poeta muy querido por Don Benjamín Fernández Ruiz. Era un poeta manchego, discípulo de Don Santiago Ramón y Cajal en el Madrid de los años treinta, cuando el joven cursaba la carrera de Medicina. Mucho tiempo después, cuando ejercía ya como ginecólogo, escribiendo poemas a hurtadillas, entre consultas y recetas y visitas, escribió en uno de sus versos:

Quisiera morir en primavera
y llevarme en la retina los campos de amapolas.
Morir en primavera,
cuando las fuentes cantan,
cuando los niños juegan.

(Vicente Notario García, *Poesía furtiva*)

El Doctor Benjamín Fernández Ruiz, que admiró tanto a Don Santiago como a su discípulo manchego, Don Vicente Notario García, tomó de este último la palabra poética como más que un deseo lírico y aprovechó el mes de las tardes más luminosas, el de las sinfonías matinales en la naturaleza, el del final habitual de las tareas docentes para iniciar sus vacaciones definitivas, esas que le han librado de los lazos del cuerpo dejando que su espíritu, que ahora es también en gran parte nuestro, vuele hacia los destinos que la vida, la naturaleza y Dios le tengan preparado.

LA PERSONALIDAD HUMANA Y ACADEMICA DEL DR. D. BENJAMÍN FERNÁNDEZ RUIZ

Federico López Mateos

Después de oír y revivir las elocuentes vivencias de los que me han precedido glosando la vida humana y profesional del doctor Fernández Ruiz, me cuesta decir algo más sobre él, a pesar de que llevo muchos días recordando los muchos y buenos ratos que hemos pasado juntos. Algo tengo escrito, me perdonarán si me salgo del guion y me repito con algo dicho por los doctores Teijón, Romero, Basante y Notario.

El doctor don Benjamín Fernández Ruiz nos dejó el pasado 14 de junio a sus 81 años, 8 meses y 28 días de una fecunda e intensa vida. Estaba llegando el verano y solo dio tiempo a despedirle en un sentido y emotivo funeral en la abarrotada iglesia de los Reyes Magos el lunes 27 del mismo mes. No pudo en 2022 acudir a las fiestas de Ciudad Real, ni disfrutar del veraneo deseado en Punta Umbría que ya tenía apalabrado.

Al reanudarse, en septiembre, la actividad académica, me entraron las prisas para que se organizase el acto que hoy celebramos. Faltó poco para que me enfadase con nuestro presidente y el secretario por el retraso en programar el solemne recuerdo académico para con mi querido amigo y compañero nuestro. Hoy, agradezco el retraso, mis queridos y respetados presidente y secretario, porque con el paso implacable del tiempo el dolor de la pérdida irreversible amaina, se olvida, y a cambio crecen los valores del que hoy está espiritualmente entre nosotros con su imagen, sus obras, su ciencia y el recuerdo de su colaboración en el incremento de sus saberes para el servicio a la sociedad. Para mí, particularmente, le estoy viendo, hacia la octava fila, en el centro, cómodamente sentado en una de las butacas de este salón en que tantos miércoles y tantas horas hemos pasado juntos.

Mi presencia aquí, casi al final de esta sesión académica abierta, quiere dar fe y corroborar:

- La actividad vital, profesional y académica, sobre todo en la docencia universitaria, del profesor doctor don Benjamín Fernández Ruiz.
- El privilegio de haber sido su padrino en el ingreso en esta Real Academia de Doctores de España.
- Y para recordar las vivencias en la sección de Ciencias y en las sesiones ordinarias y extraordinarias de nuestra corporación.

Sus primeros 22 años -el 27% de su vida, entre 1940 y 1962- fueron para su educación y formación humana, cultural y universitaria, refrendada con la licenciatura en Ciencias (sección de Biológicas). Entre 1962 y 1975 -13 años, otro 15% de su vida- se definió y profundizó en su vocación biológica y ganó sus primeras oposiciones al magisterio superior

universitario en la que ha sido su especialización investigadora y docente: la citología y la histología.

¿Quién tuvo la culpa de que don Benjamín eligiera ese camino? El estudio de investigación para alcanzar el grado de doctor o la conexión científica-estudiosa con el maestro de maestros don Santiago Ramón y Cajal, que yo me atrevo a considerar bisabuelo científico de Benjamín en el árbol genealógico de su especialidad, quien fue el primer catedrático de histología de la Universidad española, en la Universidad de Barcelona, cuando ganó su cátedra en 1887. Yo creo que ambas circunstancias han caminado juntas, superpuestas, a partir de 1968 en el quehacer académico de nuestro amigo, vuestro padre, María y Nicolás, con respeto, admiración e inspiración hacia los componentes de esa inacabable escuela creada por el primer premio Nobel español, no me importa repetirlo: don Santiago Ramón y Cajal.

Así, han transcurrido 60 años -desde 1962 hasta 2022- casi el 75% de su vida como biólogo docente, de ellos 47 años como catedrático numerario y 20 años, 7 meses y 28 días ostentando orgulloso la medalla número 5 de nuestra Academia.

De la vida académica, docente e investigadora y la participación activa y eficaz en el gobierno y representación de la Universidad Complutense yo creo que ya conocen bastante, pero no todo, han quedado su colaboración con otras sociedades como Ciencias Naturales, Histológicas y más. Además, yo afirmo que nunca se negó a quienes personal o institucionalmente le pidieron orientación, ayuda, consejo o charla amigable.

El ingreso del doctor Fernando Ruiz en la RADE es uno de los episodios más bonitos, sentimentales y gratificantes que he vivido en mi quehacer académico.

El promotor fue mi maestro, por tantas veces, el excelentísimo profesor doctor don Ángel Vián Ortuño, y firmamos su presentación para su ingreso el propio don Ángel, la excelentísima señora doctora doña María Cascales Angosto, que hoy nos acompaña y algo tendrá que decir, y yo mismo.

Tarda en celebrarse la Junta General extraordinaria en la que fueron nombrados académicos numerarios electos los doctores don Benjamín Fernández Ruiz y don Arturo Romero Salvador. Ambos iniciaron la preparación de sus discursos de ingreso. La primera decisión fue elegir tema y título, cada uno por su camino.

Al doctor Fernández Ruiz se le presentó el dilema de presentarnos sus investigaciones sobre los “astrocitos”, definidos por él como “las estrellas del cerebro”, esas otras células que no son neuronas pero que pueblan los órganos nerviosos, o demostrarnos su pasión por la obra literaria de Cajal. Eligió la obra de don Santiago, y así nos regaló este pequeño, pero ameno

e interesante libro, titulado para su lección magistral de ingreso en la Academia: “Cajal a través de sus cuentos de vacaciones” (narraciones pseudocientíficas).

El 19 de julio de 1999 falleció don Ángel Vián y me dejó como herencia, entre otras muchas cosas, el legado de la contestación a los discursos de ingreso en la Academia de Benjamín y Arturo, un alto honor que ahora agradezco con gran sentimiento.

Esta gratificante obligación me proporcionó la gran satisfacción de conocer más y mejor a Benjamín. La hasta entonces relación de compañero profesional inteligente se incrementó con una amistad abierta, confidente y entrañable.

Mientras él preparaba su discurso, yo redacté su elogio y respuesta con afecto, dentro de la obligada síntesis del acontecimiento.

La sesión de su toma de posesión se desarrolló en el salón de actos para honores de la Real Academia Nacional de Farmacia, que se llenó hasta rebosar de académicos, profesores, doctores y amigos, ocupando incluso los salones adyacentes. En la primera fila, dos escalones más abajo, pero en el lugar más próximo a Benjamín, estuvo su querida Carmen y también vosotros, María y Nicolás. Yo, en frente. ¡Qué emocionante recuerdo!

El doctor Fernández Ruiz siguió fielmente el protocolo del acto, pero no quiso evitar su proclamación de manchego ejerciente de Ciudad Real, según confesó él mismo “mitad Quijote y mitad Sancho”. Y, digo yo, que por su sangre corría el altruismo de Don Quijote y el positivismo de Sancho, además de una energía vital y una vocación arrolladora. Se lo dije aquel 17 de octubre de 2001 y en otras muchas ocasiones. El parlamento de Benjamín se extendió hasta casi hora y media, el público empezaba a moverse, pero el final fue glorioso. Los aplausos de agradecimiento y las risas de alegría y satisfacción parecían inacabables. Yo después, para compensar, fui más somero, también me aplaudieron.

Y así empezó la fructífera, fiel y leal actuación del doctor Fernández Ruiz en nuestra Academia, poniendo la fortaleza de su cuerpo y las potencias de su alma -memoria, inteligencia y voluntad-. Hoy por eso merece gratitud y honores, por su continuo y generoso trabajo, siempre bien hecho.

La recepción de saberes, que, con el distintivo de multidisciplinar, es el objetivo de nuestra Academia, admite y relaciona los conocimientos de Doctores preeminentes que enriquecen intelectualmente a todos sus miembros y conecta a los académicos de distintas titulaciones y especialidades, fomentando la amistad y el debate sobre temas culturales y científicos, en la mayoría de las ocasiones, y en otras sesiones en que se tratan asuntos comunes de actualidad en los que crece la polémica. No hemos inventado nada, este era el objetivo del

primitivo jardín de académicos en el que se reunían los sabios de la cultura griega como bien saben todos ustedes.

Así lo entendimos y así lo practicamos cotidianamente con don Benjamín. No llegamos a las manos, pero nos peleábamos educadamente para elegir y defender a los mejores candidatos académicos y para tomar las decisiones de las sesiones ordinarias y extraordinarias de los académicos numerarios. Otra cosa era nuestro comportamiento en las sesiones ordinarias, científicas y culturales abiertas, nos sentábamos en butacas adjuntas y comentábamos, sobre la marcha, lo que nos transmitía el conferenciante. No siempre era favorable, que Dios nos perdone las veces que discrepábamos del orador por el fondo, novedad y forma de su presentación. También alabamos a los que nos gustaba su discurso, pero, en cualquiera de los dos casos, aplaudíamos con agradecimiento.

Otro punto de debate era la elección de los temas de las conferencias. Buscábamos lo más avanzado y lo de mayor actualidad. No siempre lo conseguimos, pero sería útil que estas herencias del doctor Fernández Ruiz, a las que me adhiero sin ningún reparo, tuvieran una proyección exterior, hasta las más altas instituciones del Estado, para evitar disposiciones ejecutivas incompetentes y faltas de “sentido común”, por una parte y, por otra, de previsión de futuro y compromiso superior a los cuatro años y en entornos humanos y territoriales reducidos, cuando no comunitariamente oportunistas y/o personalmente egoístas.

El excelentísimo señor profesor doctor don Benjamín Fernández Ruiz ha cumplido con lealtad -que es actuar conforme a la verdad, puntualidad y exactitud- los objetivos y deberes de su profesionalidad universitaria de docencia, investigación y gobierno, prolongada con su presencia activa y servicios a esta Academia.

Ha hecho suya y ha llevado a la realidad la consigna de esta medalla de maestro, de catedrático de Universidad: *Perfundet Omnia Luce*, todo lo iluminará con su luz.

Benjamín para todos, doctor Fernández Ruiz para la Universidad y la Academia, nos has iluminado a todos los que hemos tenido la suerte y la satisfacción de conocerte.

Para ti nuestros aplausos de recuerdo y agradecimiento.